

LA NECESIDAD DE LOS ESPACIOS VERDES URBANOS

*La angustia del paraíso perdido se esculpía cada vez más hondamente en el hombre.
Como también el deseo y la esperanza del jardín recuperable.*
Nicolás Ma Rubió y Tudurí

El jardín es un vínculo territorial y sensorial con nuestra infancia, como individuos y como especie, nos remonta al paraíso, pero también a la mirada complaciente del abuelo, el jardín es el reducto de nuestros recuerdos tanto personal como colectivamente y es a su vez la posibilidad que como humanos tenemos de futuro.

Según Nicolás Ma. Rubió y Tudurí, “La jardinería que florece hoy en nuestras manos tiene raíces profundas en lo más antiguo de nosotros mismos”, en términos tanto históricos como metafísicos. El jardín como un nexo con nuestras raíces telúricas, tanto en un sentido de continuidad de nuestra especie, como en el interior de nuestra propia semblanza. El jardín como origen y destino, como una imagen del paraíso y del cielo. De hecho, siguiendo con Rubió y Tudurí, sabemos que “la palabra *paraíso* equivale a la de *jardín* en persa y en general para aquella Asia occidental que nos enseñó la creación”. Por tanto el jardín debe ser visto, analizado y conceptualizado en sus diferentes aspectos como una necesidad utilitaria, pero también como necesidad trascendente o espiritual.

Cuando hablamos de necesidad es importante distinguirla de utilidad, para no caer en el error que acertadamente ilustra Moritz: “La idea dominante de lo útil ha suplantado poco a poco toda belleza y toda nobleza; y hasta la sublime, la gran naturaleza es observada con ojos fiscales, de tal forma que su aspecto sólo se encuentra interesante por el provecho que podamos sacar de sus productos”. Existen muchas necesidades que no son cuantificables ni mesurables y que su solución no arroja datos favorables a las administraciones al corto plazo, que tienen que ver más con cuestiones del espíritu que con lo físico - material, estas necesidades, como lo mencionábamos anteriormente, serán fundamentales en nuestro proyecto, sin dejar de lado algunas de orden más utilitario.

Entrando de lleno en la materia que nos ocupa, sabemos que el espacio verde en una ciudad tan populosa como Guadalajara es una necesidad, ¿quien lo duda?. Quien, sin el riesgo de parecer un insensible e insensato, se atrevería a negar que a nuestra ciudad le urgen jardines, parques, árboles, fuentes, aire, vida. En esto existe un claro consenso, pero lo que ya no es tan claro, es cual es el nivel de importancia de la necesidad. Si importa tanto como un estacionamiento, como un edificio de gobierno. Si es primera, segunda o tercera necesidad, si es tan importante como las iglesias, como las calles y los bancos, como los cines y las escuelas.

Y para saber cual ha sido el nivel de importancia real, que más allá del discurso oficial se le ha asignado, es decir en las acciones, basta ver lo que ha ocurrido y ocurre en nuestra ciudad, donde desde una idea de progreso, la movilidad vehicular, o sea, las calles, las avenidas, y el número de plazas de estacionamiento, han demandado más recursos, más metros cuadrados, más interés y en definitiva han sido más importantes que las áreas verdes, que más bien se consideran un espacio residual o de reserva urbana; el que siempre paga los platos rotos de la expansión urbana.

El gran deficitario del progreso y la apuesta por el automóvil es el espacio verde, la naturaleza, y por tanto la ciudad y el ciudadano. ¿No nos hemos cansado, hastiado de ver tanto gris, tanto asfalto y concreto, tanta desolación?, dudo que los tapatíos, con toda nuestra tradición de amor al árbol podamos sentirnos orgullosos de una ciudad sin vida.

Guadalajara ha mejorado, lentamente, su infraestructura turística, sobre todo en hotelería y restaurantes, algo también se ha hecho con el patrimonio. Pero en cuestión de infraestructura de apoyo es insignificante la mejoría. Y en lo que ahora tratamos, no existen rutas definidas y preferentes para el peatón, que además, tengan jardines, remansos de descanso; que sean amables al ciudadano, al turista o al visitante, que recorre, que camina la ciudad.

Es casi inaudito, y del todo lamentable, que una ciudad como Guadalajara no tenga ningún programa efectivo, radical y real para dotar, por lo menos a su zona central, de más áreas verdes.

Es el momento de reconocer que la apuesta por la hiperurbanización solo nos ha ido arrebatando la vida urbana. Y que las ciudades donde no se promueve y respeta la vida en todas sus acepciones, no puede engendrar ciudadanos que la respeten, es imprescindible revertir la apuesta por la hiperurbanización, pero no sólo con vistas a lo que ahora se está haciendo y se hará, sino sobre todo en lo que ya se ha hecho mal, al daño que aqueja y lacera a nuestra ciudad.

En las entregas siguientes intentaremos ir desarrollando el reconocimiento de la necesidad del espacio verde urbano desde diferentes perspectivas que abonen a la mejor comprensión de todo lo que ganamos cuando ganamos parques, plazas, jardines, camellones arbolados.

NECESIDADES PAISAJÍSTICAS

“Todas las partes de la naturaleza, incluso las más dispares a primera vista, se relacionan entre sí por una infinidad de armonías secretas”.
Victor Hugo.

El paisaje urbano en la ciudad contemporánea ha unificado su morfología, su textura, sus líneas, su color y en definitiva ha optado a favor de lo construido sobre el verde. Se ha extendido el concreto, el vidrio y el acero en clara hegemonía sobre la vegetación, el agua y el cielo.

La arquitectura y el urbanismo llamados “internacionales” veían a la naturaleza y al paisaje como un elemento más de su concepción estética. Pensaron que, afín al desmedido orden y a la parquedad de su arquitectura debía de ser el paisaje. De tal forma “linealizaron” la naturaleza, le recortaron emotividad, le podaron la libertad, “reticularon” la gracia, y el resultado son solo los escuálidos jardines contemporáneos, que de igual forma y coincidiendo con la arquitectura que los delimita, podían estar en cualquier parte del mundo. Parece que lo que internacionalizaron fue el erial, una muy pobre concepción e imagen del paraíso.

Se creyó que otro rasgo más de la genialidad del arquitecto era el de homogeneizar la naturaleza en su visión casi ingrátida del paraíso. Los

jardines solo vistos como el marco para sus obras, como una referencia en la grandilocuencia de la arquitectura, temerosos, quizá, de que un jardín con personalidad impidiera ver su arquitectura. El jardín siempre a la sombra, en segundos y terceros planos será el jardín contemporáneo, el jardín que sólo le recuerda al hombre su origen, pero nunca su destino.

Lewis Mumford puntualizó muy bien el modelo natural equivocado de Le Corbusier: "La principal razón del efecto de Le Corbusier es que proviene de haber conciliado las dos concepciones arquitectónicas que, separadamente, han dominado la arquitectura moderna y el urbanismo: el ambiente técnico perfecto hasta en el más pequeño detalle, mientras por el otro lado, para compensar la rigidez de la tecnología, se coloca un ambiente natural en el espacio mas grande posible, lleno de sol, de aire, de verde. Lo más peligroso de esta concepción tan extendida es que no tiene ningún interés por la naturaleza como tal y menos en sus relaciones ecológicas con el entorno urbano. La naturaleza se simplifica en un paisaje fundamentalmente para ser visto dentro de un modelo vertical de ciudad, son los vacíos en la urbe contemporánea en la cual la naturaleza se contempla en el mismo nivel que el aire acondicionado. No es suficiente como se ha diseñado desde Le Corbusier hasta nuestros días, pensando sólo que la luz, el aire limpio y fresco, el sonido del agua y la vegetación armónicamente distribuida son ya elementos suficientes para crear entornos sanos y que contribuyan al mejoramiento de la vida urbana

Hoy en día resulta que tenemos ciudades caóticas, en la peor acepción del término, grises y aburridas que se ahogan en sí mismas, ciudades por las que la vista nunca reposa, ni tampoco el que las transita, ciudades deshumanizadas a golpe de tanta obra del hombre y de tan escasa naturaleza, donde el arte se encierra en galerías y muros, donde el cotidiano andar no encuentra reposo ni alegrías visuales, ciudades garrapateadas por las imágenes del consumo y el comercio, ciudades donde el último lugar lo ocupan la serenidad y la belleza, ciudades condenadas en su propia imagen de progreso.

Pero no solamente es necesario el plantearnos revertir esta imagen que tanto daña la vista de las ciudades, es importante también buscar una manera

diferente de hacerlo a como se ha venido haciendo hasta ahora, es necesario cambiar la idea misma del diseño paisajístico; El espíritu del diseño debe tener a la ecología y los seres humanos en la base de su actuación. Es necesario cambiar la óptica que ha determinado el diseño paisajístico tradicional, romper con la lógica que impone la estética arquitectónica para imponer una lógica más ligada a la vida misma. Michel Hough plantea que “Es imprescindible que los alterados procesos naturales se conviertan en el tema central del diseño urbano. Las convenciones y reglas de los valores estéticos tiene validez sólo cuando se sitúan en un contexto biofísico correcto. Los principios basados en la ecología urbana y aplicados a las oportunidades que proporciona la ciudad a través de sus propios recursos, forman la base para un lenguaje alternativo en el diseño”. Este lenguaje será más cercano a los ciudadanos y por lo tanto la apropiación del espacio se dará de manera más natural. Un impedimento habitual para el buen mantenimiento de las áreas verdes urbanas ha sido el que los criterios y las metodologías de diseño no han tenido en cuenta al usuario real.

Este nuevo lenguaje de diseño paisajístico debe tener una estética vinculada a la ecología, pero también a las actividades humanas, a los comportamientos e incorporación tanto de los ciclos naturales como de los ciclos humanos. El parque tradicional ha sido conformado más en base al capricho de sus diseñadores, que a la lógica misma de la naturaleza, el hombre-diseñador sigue siendo el dominador de la naturaleza y no su aliado. En este sentido, y retomando a Michel Hough, veremos que “Hay un esfuerzo humano impresionante para mantener el orden y el control. Esto es evidente en la imponente colección de máquinas, fertilizantes, herbicidas y mano de obra, organizada para mantener un paisaje tan cercano como sea posible a la forma en que fue concebido”, esto significa no sólo el atentado contra la lógica que ya hemos mencionado, sino contra la economía, ya que también significa un despilfarro de recursos y por lo mismo mayores costes de mantenimiento y es porque siguiendo con Hough veremos que “la dinámica natural de las plantas es suplantada por cómo las plantas deben actuar y comportarse en la ciudad. el paisaje urbano es un producto de valores conflictivos: por un lado expresa una afinidad profunda con las cosas naturales, pero por otro estas

manifestaciones tienen lugar sólo en nuestros propios términos: están sujetas a las pautas de orden y limpieza impuestas por los valores oficiales”.

Es importante por tanto, si buscamos la sustentabilidad en todas sus dimensiones, replantear nuestros criterios de diseño y sustituir ideas que hasta ahora se han constituido como parte intrínseca de los valores paisajístico. El césped, como ejemplo, está ligado a cualquier visión que sobre los jardines se tiene, es casi redundante hablar de césped y de jardín, son dos palabras ligadas, pero el césped es un símbolo, en efecto, de todo lo que está equivocado en nuestra relación con la tierra; una expresión del control humano sobre la diversidad natural que se extiende por todo el planeta. También debemos ver que el césped es una cubierta vegetal que significa altos costes de mantenimiento, que consume mucha energía y recursos, a cambio de una mínima diversidad biológica, es un convencionalismo estético y de estatus, pero que en términos de sustentabilidad es un equívoco.

Vemos de tal forma que el diseño de jardines y parques urbanos ha estado mucho más ligado a criterios estéticos simples y que tales criterios están en clara oposición a los fundamentos de la sustentabilidad tanto en lo social como en lo ecológico y en lo económico, ya que no se toma en cuenta a la gente, se limita la diversidad, se despilfarra energía, son altísimos los costes de mantenimiento y se ve a la vegetación desde un punto de vista solamente estético sin tomar en cuenta sus valores biológicos y medioambientales.

Otro importante factor a tomar en cuenta en las nuevas pautas del diseño paisajístico viene del saber que las nuevas realidades culturales y sociales, es decir, las diferentes opciones en una sociedad diversa, han alterado la vocación y por ende la fisonomía de los parques y jardines urbanos. La idea de un parque estereotipado para un individuo único, ya no es operativa ni eficaz, debemos buscar diseños que puedan ser multifuncionales y sobre todo multiculturales, deben de adaptarse a una multiplicidad de usos y actividades y representar a las diferentes realidades.

Un factor favorable es el hecho de que cada vez existe un mayor interés de la ciudadanía con respecto al medio ambiente, y el que esta conciencia se

acompaña una nueva manera de ver y entender su entorno, Ortega Cantero lo expresa así: “una nueva sensibilidad hacia el paisaje, un modo diferente de percibirlo, comprenderlo y representarlo. Y esa nueva sensibilidad constituye la médula del paisajismo moderno: lo que ahora importa ante todo es acercarse, con todos los recursos cognoscitivos atentos, a las correspondencias analógicas y metafóricas que hacen inteligible el orden del paisaje y permiten atribuirle significados que implican al hombre mismo. En esa actitud descansa el entendimiento moderno del paisaje. Se trata de lograr la compenetración entre la mirada y lo mirado, de llegar a interiorizar el sentido del paisaje”. Es a partir de saber que existe esta nueva sensibilidad social e individual, que se hace imperante cambiar el sentido habitual que se tiene del diseño de paisaje urbano, el ciudadano debe de ser tomado en cuenta como configurador de su hábitat, debe ser una de las bases mismas del diseño.

El paisaje cobra otro de sus niveles de trascendencia cuando entendemos que al hablar del paisaje de lo que estamos hablando es de cultura, de los signos, símbolos y sentidos que promueven una sociedad y por tanto la definen. El paisaje, en este caso el urbano, es una manera de leer una ciudad, de codificar la realidad los valores y las aspiraciones, siguiendo a Ortega Cantero diremos que “el paisaje no es la realidad, sino una imagen culturalmente ordenada de la realidad. Hay así una relación bastante estrecha entre paisaje y cultura”. Entendemos por tanto que el paisaje es un lugar donde se revelan significados, una manifestación física de nuestras proyecciones intelectuales, afectivas, éticas, estéticas y simbólicas como sociedad. Es un espejo donde nos miramos y al mismo tiempo intentamos mejorar; una manera de analizarnos en presente pero también de imaginarnos a futuro. Porque como señaló Humboldt “por una ilusión tan dulce como fácil creemos recibir del mundo exterior lo que nosotros mismos sin saberlo hemos depositado en el”. Y esto nos plantea ineludiblemente una pregunta y una angustia; ¿quién cree que su realidad cultural está expresada en el gris y triste paisaje urbano de Guadalajara?.

NECESIDADES AMBIENTALES

*“No es en los anchos campos o en los jardines grandes donde veo llegar la primavera,
es en los pocos árboles pobres de una plazuela de la ciudad.
Allí, el verdor destaca como una dádiva y es alegre como una tristeza buena”*

Fernando Pessoa

Es un avance significativo en la educación ciudadana el que hoy en día se tenga clara conciencia de la utilidad de la vegetación como mejoradora de las condiciones ambientales de la vida urbana, el que el ciudadano medio este sensibilizado con la idea de que cuidar los árboles es cuidar nuestro futuro.

Pero que tanto está razonable y extendida noción ha incidido en la configuración de nuestras ciudades. Por lo pronto diremos que en Guadalajara muy poco o mas bien nada. Es paradójico comprobar como a medida que está idea se ha ido afianzando en la sociedad, la cantidad de área verde por habitante ha disminuido. Como el crecimiento del parque automovilístico ha diezmando el parque urbano, como la ampliación de avenidas ha reducido el número de árboles. El crecimiento del equipamiento se ha comido zonas verdes, la mancha urbana devora el perímetro agrícola. Y Guadalajara es cada día más consciente y menos verde, más preocupada y con menor calidad ambiental.

Sin hacer demasiada historia, diremos que esta idea de trasladar la naturaleza a la ciudad como una manera de mejorar la salud de los habitantes al proporcionárseles lugares para el ejercicio, la convivencia y la relajación, nos viene del siglo XIX, cuando, con el movimiento romántico, se pensaba que el contacto con las bondades de la naturaleza también traería consigo un mejoramiento en términos morales, después se sumo la idea de que incluyendo la estética de la naturaleza se mejoraría la estética de las ciudades. De una manera más intuitiva que científica se entendía que la naturaleza tiene una influencia positiva sobre la salud y la conducta de los ciudadanos.

Ahora, se tiene la certeza de que el incluir espacios verdes en nuestras ciudades contribuye al bienestar físico, biológico, psicológico y social de las personas. Se tiene comprobado que las plantas cumplen con la función de reducir la contaminación ambiental, y que son la base de la vida en la tierra ya que producen todo el oxígeno de la atmósfera terrestre; proporcionan el alimento y el hábitat que sostiene a todas las criaturas vivientes mediante la

fotosíntesis. Que además los espacios verdes urbanos realizan otra función particularmente importante en cuanto a la conservación de la naturaleza, que consiste en proporcionar espacios vitales para los animales. Y también sabemos que las áreas verdes en las ciudades contribuyen al bienestar de las personas ya que mejoran las condiciones climáticas de la ciudad al actuar como refrigeradores y reguladores del intercambio de aire.

La ciudad es un microclima artificial que algunos como H. Sukopp y P. Werner, han dado en llamar la “Isla térmica urbana” ya que presentan condiciones totalmente distintas al entorno que les rodea, existiendo siempre una temperatura más cálida del aire de la ciudad en comparación con las áreas rurales de los alrededores.

M.Hough ha establecido cuales son las características que marcan las diferencias climáticas entre una ciudad y su entorno rural:

- La diferencia de materiales en el medioambiente urbano y en el no urbano
- La mayor rugosidad aerodinámica de las áreas construidas en contraste con el campo
- La prodigiosa cantidad de energía calorífica expulsada a la atmósfera de la ciudad proveniente de los sistemas de refrigeración y calefacción, de las fábricas y los vehículos.
- Problemas como resultado de las precipitaciones.
- Calidad del aire.

Estas características que finalmente son problemas, pueden ser mitigadas con el incremento y el mejoramiento de las áreas verdes. De tal forma, mediante el incremento de la vegetación, pueden revertirse algunos efectos negativos de la urbanización:

La diferencia de materiales en el medioambiente urbano y en el no urbano: Los pavimentos en general, y de manera más específica el asfalto, absorben una gran cantidad de energía calorífica que luego dispersan, a diferencia, las cubiertas vegetales captan esta energía pero la transforman en alimento. Así, vemos que según Miess “los gradientes de temperatura entre las zonas urbanizadas y las zonas verdes o las masas de agua, mejoran las relaciones de intercambio entre ellas”. Y esto que pasa con los pavimentos sucede

igualmente con los materiales de construcción en muros y cubiertas, y peor en el caso de las superficies acristaladas que reflejan y aumentan el calor.

La mayor rugosidad aerodinámica de las áreas construidas en contraste con el campo: El tipo de construcción vertical de las ciudades disminuye la velocidad del aire a ras del suelo, pero incrementan las ráfagas de viento en las esquinas y en torno a los edificios de mayor altura y a decir de Schwerdtfeger y Lyons “a veces se da el caso paradójico de que a pesar de que los vientos predominantes fuera de la ciudad son suaves, las turbulencias térmicas en ella pueden generar grandes corrientes de aire”. Los árboles actúan como barreras que ralentizan la velocidad del viento e incluso sirven de filtros que evitan el desplazamiento de partículas como el polvo, de tal manera contribuyen a crear condiciones climáticas de mayor estabilidad y con menor desigualdad entre la ciudad y el campo que le rodea.

Problemas como resultado de las precipitaciones: Las plantas son quienes mejor resuelven este tipo de problemática, ya que las cubiertas vegetales absorben parte de la humedad, pero también permiten que otra parte se filtre al subsuelo. Además, las plantas evaporan el agua a través del proceso fisiológico de la transpiración. El ciclo del agua va desde el suelo a través de la planta y se evapora en las hojas, como parte del proceso de fotosíntesis. Es decir, en lugar que la lluvia sea un problema a resolverse con la costosa infraestructura que genera en la ciudad, es un beneficio para la vida urbana. Las plantas también ayudan al microclima ya que por medio de la evotranspiración, aumentan el grado de humedad y con esto disminuyen el calor.

Pensando en otra de las características diferenciales del clima tenemos que en el caso de La prodigiosa cantidad de energía calorífica expulsada a la atmósfera de la ciudad proveniente de los sistemas de refrigeración y calefacción vemos que en términos energéticos un árbol que da sombra es mucho más efectivo; el proceso de enfriamiento no produce productos de desecho indeseados, no emplea energía eléctrica y continua funcionando cada vez mejor a lo largo de la vida del árbol. Es importante destacar que los árboles juntos que forman bóvedas densas de vegetación forman una sombra continua que resulta más efectiva que la que nos brindan los árboles aislados, que es como generalmente se encuentran en la ciudad, y además, al tener masas

compactas y continuas se proporcionan ambientes interconectados para el desarrollo de algunas especies animales, especialmente para los pájaros.

Y sobre la calidad del aire sabemos que son las plantas quienes mejor renuevan y purifican nuestras ciudades, ya que actúan como esponjas al absorber el dióxido de carbono. Esto en detrimento directo de la vida misma de las plantas ya que, a excepción del zinc, ninguno de los principales metales pesados originados por el tráfico automovilístico, forma parte de los componentes normales de los tejidos vegetales. Los indígenas tarahumaras en México afirman que las plantas por su nobleza y como uno de sus destinos en la creación, absorben y sufren un mal que estaba destinado a actuar en contra de una persona, de tal manera sí una planta de tu entorno enferma y/o muere, es que te ha salvado a ti. Esta afirmación de los tarahumaras tiene bastante sentido cuando vemos como son las plantas quienes, al sufrir los efectos de la contaminación, mitigan los daños que podrían causar a nuestra salud.

Los árboles de hoja perenne, como las coníferas son las que mejor cumplen con la función de filtrar las partículas contaminantes, y según Dochinger “en comparación con las zonas sin vegetación, éstas son capaces de reducir el nivel de contaminación ambiental entre un 10 y un 20 %”, pero es evidente que cada región tiene especies autóctonas que son sin duda las que mejor funcionan: En el caso específico de Guadalajara, las tan menospreciadas casuarinas son de las coníferas mejor adaptadas y que mayormente contribuyen a la limpieza atmosférica, tanto de gases contaminantes como de polvos.

A la vista de la preocupación cada vez mayor y del debate que se ha venido dando sobre el calentamiento global del planeta, la capacidad de los árboles de actuar como esponjas absorbentes de dióxido de carbono, ha intensificado en gran medida el interés por la plantación de árboles urbanos. De tal manera, el intensificar la masa forestal de una ciudad, no es tan sólo una concesión que hacemos con la ecología y el paisaje, es ante todo un asunto de salud. Si se quiere, es otra vez el egoísmo humano el que nos debería llevar a mejorar en términos medioambientales nuestra ciudad.

El incremento de áreas verdes urbanas adquiere su pleno sentido desde el punto de vista climático ya que, siguiendo a H. Sukopp y P. Werner sabemos

que “una mezcla de pequeños espacios, distribuidos de modo uniforme por toda la ciudad, es más efectiva que la concentración en unos pocos lugares muy grandes. Estos últimos espacios necesitan ser complementados por un gran número de pequeños parques a través del área construida”. Está es precisamente la intención al proponer el acondicionamiento de pequeños espacios verdes inmersos en la trama urbana, ya que una estructura con estas características facilitaría el intercambio horizontal de las masas de aire a diferentes temperaturas logrando un equilibrio térmico más rápidamente y con menor resistencia. De tal forma creemos que se puede revertir el concepto de M.Hough, que define la ciudad como “*isla urbana de calor*”.

Es importante recordar que el espacio urbano, y con ello todos los que en él habitamos, está sometido a una gran cantidad de tensiones como son el ruido, las distintas formas de contaminación, las perturbaciones climáticas que reducen la presencia de la flora y la fauna. Pero quizá, por esa increíble capacidad de adaptación que tenemos los seres vivos, resulta paradójico que a decir de H. Sukopp y P. Werner, “en los espacios urbanos hay más cantidad de especies vegetales distintas, que en terrenos de iguales dimensiones en su entorno natural” por lo mismo estos autores consideran que “las ciudades deberían ser consideradas como zonas de adaptación o campos de experimentación evolutiva”

Pero el árbol urbano tiene una serie de condiciones adversas que le imposibilitan el buen desarrollo. Los principales problemas que aquejan a nuestra flora urbana son los siguientes:

- Sequedad.
- Contaminación por sales.
- Compresión del suelo.
- Deficiencia de nutrientes.
- Tráfico rodado.
- Vandalismo.
- Expansión de construcción.

Como lo hemos venido comentando, una de las funciones principales de crear redes o corredores verdes es la de actuar como un corredor ecológico y de movilidad para las distintas formas de vida que habitan la ciudad (Los corredores ecológicos, son definidos en el Artículo 10 de la directiva del

consejo Europeo 92/43 de esta manera: *“se trata de aquellos elementos que, por su estructura lineal, o por su papel de puntos de enlace resultan esenciales para la migración, la distribución geográfica y el intercambio genético de las especies”* Diario oficial de las Comunidades Europeas, 22.7.92 No L 206/7). En este sentido es claro que serían las aves las que sacarían provecho en mayor medida, ya que al tener mayor movilidad que el resto de los vertebrados, sufren de manera menos dramática los efectos de la urbanización. Los diversos jardines de un corredor verde funcionarían como zonas de descanso, alimento, reproducción y anidamiento, como enlaces que conectan las áreas naturales primarias y actúan como corredores de circulación para la flora, la fauna, agua y personas. A estos corredores, y siguiendo una propuesta de M.Hough, se les darían diferentes niveles de prioridad, relativos a su significado biológico; desde una primera prioridad que mantiene los vínculos esenciales entre los sistemas naturales significativos que funcionan, a una tercera prioridad que incluye los grandes corredores recreativos o los cinturones verdes que también proporcionan conexiones entre hábitats.

No sólo serían entonces las especies animales quienes se benefician de la vegetación si se crearan en Guadalajara parques relacionados en un corredor verde, ya que también funcionarían como “corredores turísticos” para visitantes, pero además, para los habitantes, proporcionando una ruta que daría acceso a la actividad recreativa, al contacto con la naturaleza y algunas formas de vida animal, a un paisaje abierto y a veces hasta panorámico, tendríamos beneficios de carácter social y que pueden contribuir a resaltar nuestros elementos de valor arquitectónico - urbano y a que el visitante tenga una manera confortable e interesante de recorrer nuestra ciudad.

Existe un peligro en la forma en que últimamente se vienen plantando árboles en la ciudad de Guadalajara, haciéndonos creer que, con simplemente plantar un árbol cualquiera en cualquier lugar, se hará disminuir el efecto invernadero y tendremos como por arte de magia manifestaciones de la vida silvestre. Se crea un efecto de expectativa, como si el plantar un árbol mejorara la ciudad. Desgraciadamente vemos que se plantan los árboles inadecuados en sitios equivocados, condenado con esto no sólo al árbol, sino a la gente que ve morir sus expectativas de la mano del infortunado árbol.

Creemos finalmente que los beneficios ambientales de cualquier propuesta urbana que incremente el número de áreas verdes y con esto la biomasa, son prioritarios en sí mismos, máxime cuando estos son articulados pensando de una manera integral.

1.3. NECESIDADES URBANAS

“ Los problemas de las ciudades son una señal de alarma, indicio de una crisis más profunda que nos obligará a cuestionarnos los actuales modelos de organización y de desarrollo urbano ”

Libro Verde sobre el Medio Ambiente Urbano
(Citado por M. Sintés Zamanillo, 2000)

La ciudad se define solamente a través de la complejidad, como tal es concebida como un sistema, es decir, como asociación combinatoria de elementos diferentes Y además, como un sistema abierto que presenta la como decía Edgar Morin “paradoja de lo uno y lo múltiple”. de tal forma la ciudad será entendida en el presente texto como “el tejido de eventos, acciones, interacciones, retroacciones, determinaciones, azares que constituyen nuestro mundo fenoménico” (E. Morin, 1997), pero también como el espacio, tanto físico como simbólico, donde se empalman las infraestructuras (redes funcionales) con las infoestructuras (redes sociales), donde se articulan de manera íntima las personas y su entorno. Solamente desde esta visión es posible abordar el fenómeno urbano sin caer en reducciones y perspectivas parciales, sin atomizar y simplificar las múltiples realidades que conforman el entramado urbano. De tal manera vemos que “la metáfora ecológica sirve para imponer a la observación de la ciudad como sistema complejo, abierto, vulnerable, sensible y cambiante”. Juan Luis de las Rivas (1996).

Hemos dicho que la ciudad es un sistema abierto, y esta es, originalmente una noción termodinámica. La entropía es una función de la termodinámica que mide el grado de dispersión de la energía. Al hablar de la necesidad a nivel urbano de implementar una propuesta como la Red Verde, debemos partir del hecho de que “en el concepto de entropía y en el concepto de ciudad se conjugan desorden y probabilidad. Entropía y ciudad se vuelven medidas del desorden y de la probabilidad” (V. Bettini, 1998). Partir de la idea de que la ciudad moderna es despilfarradora de energía, generadora de

altísimos niveles de entropía y de que en nuestra propuesta debemos ser eficientes en el uso de la energía. Ya algo hemos apuntado al respecto cuando hemos hablado de las masas vegetales como mejoradoras del clima sin altos costes energéticos, pero de igual manera la Red Verde debe situarse como un ejemplo en el tratamiento de residuos, en el uso de tecnologías con energías renovables, en los reciclamientos etc..

Sirva lo anterior como puntos de partida básico, como preámbulo indispensable para entender que nuestra propuesta tiene como premisas el entendimiento de la ciudad como un fenómeno complejo y terriblemente ineficiente en términos energéticos.

En la introducción a una pequeña guía editada por el Área de Cultura y Educación del Ayuntamiento de Sevilla, titulada *Parques de Sevilla*, se dice que “los parques y jardines de una ciudad son el espejo donde ésta se refleja y a través del cual se proyecta su propia imagen: constituyen un derecho ciudadano reclamado con carácter prioritario, define sus condiciones de vida y su capacidad para hacer felices a quienes la habitan”. Con lo anterior, además de estar completamente de acuerdo, vemos el empeño que hoy en día se tiene, por parte de las autoridades concientes, en el mejoramiento de la calidad de vida urbana en sintonía con la ampliación y el mejoramiento de las áreas verdes destacando en esta relación la posibilidad no sólo de ejercer un derecho sino además de contribuir a la felicidad del ciudadano.

Parte de nuestra propuesta es la utilización de terrenos baldíos, de lugares abandonados o fincas derruidas, ya que estos espacios degradan deteriorando el entorno y son un lugar potencial para la inseguridad. Un ejemplo lo tenemos en la ampliación de la Avenida Federalismo, que a pesar de haber sido hecha hace más de 40 años, presenta aun una imagen de abandono y ruina que bien puede ser por fin revertida en beneficio de la ciudad. H. Sukopp y P. Werner (1989) nos dicen que “en la ciudad aparecen, frecuentemente, superficies vacías que no se utilizaron como originalmente estaba planeado. A largo plazo, estas superficies podrían servir para la construcción, sistemática, de biotopos de transición entre las zonas verdes aisladas, o para unir una serie de ellas”, es decir la utilización de estos vacíos urbanos para generar e incentivar formas de vida vegetal y animal.

De tal forma creemos que una de las principales tareas a la hora de hacer ciudad, de reformar una ciudad, como es el caso que nos ocupa, se debe buscar que la “experiencia humana fije y asuma los lugares que son la casa de uno; reconocer la existencia y el potencial latente del medioambiente natural, social y cultural, para enriquecer los espacios urbanos”. (M.Hough, 1998).

Pero en la ciudad, en nuestra ciudad se ha dado un proceso muy diferente al planteado por Hough. En Guadalajara, la evolución de la ciudad como paisaje cultural densamente edificado ha llevado mas bien a la destrucción de los ecosistemas naturales y la casi total desaparición de la flora autóctona, incluso se da el caso de que en los espacios no edificados, las especies autóctonas son sustituidas por otra vegetación planificada y por plantas ornamentales no propias del lugar (especies alóctonas que colonizan el sitio compitiendo con las autóctonas y que a menudo le hacen desaparecer).

La salud de una ciudad depende en mucho de sus áreas verdes, y aquí no nos referimos solamente a la salud de sus habitantes en términos fisiológicos, sino a la salud en la percepción de la urbe. Entendemos que “la salud de una ciudad depende de la influencia que tiene la vegetación sobre el microclima, de la presencia de hábitats para la fauna silvestre, de estanques y zonas húmedas, bosques, corredores vegetales naturales y artificiales, de la capacidad de poder integrar en el propio ciclo biológico la depuración de sus propios vertidos” (V.Bettini, 1998), pero además vemos que una ciudad sin áreas verdes es una ciudad triste, confusa y confundida, atareada en su propio trajín, sin lugares para la contemplación y vivificación del espíritu, es como una ciudad sin templos, sin reductos en que el hombre se encuentre consigo mismo a partir de encontrarse con formas de la naturaleza, una ciudad sin jardines es una ciudad sin sosiego.

El hombre urbano a perdido la capacidad de observar los fenómenos naturales, somos poco concientes del paso de las estaciones, de los ciclos naturales de vida, ya que “el ambiente urbano nos aísla de los procesos naturales y humanos que sostienen la vida” (M.Hough, 1998) y este aislamiento nos vuelve insensibles a nuestra propia casa, a nuestra condición de habitantes de un planeta cambiante y que nos depara maravillas cotidianas. Los espacios verdes en la ciudad nos pueden ayudar a devolver el encantamiento que produce la observación de la vida.

Y si a esto añadimos el valor artístico implícito al buen hacer del arte jardinero tenemos que, a decir del arquitecto y escultor mexicano Fernando González Gortázar, “la jardinería debiera ser una de las presencias artísticas más comunes, continuas e importantes en nuestras ciudades”. Retomaremos más adelante a Fernando González Gortázar ya que además de ser el escultor urbano que mayor obra ha realizado en la ciudad de Guadalajara, es un pensador que mucho nos ilustra sobre el hecho de hacer ciudad en base a la introducción de la escultura pública y el arte jardinero, los textos que citamos los hemos sacado de un artículo próximo a publicarse en la revista ARTE Y PARTE en España y que Fernando González Gortázar ha tenido la amabilidad de proporcionarnos al conocer nuestro proyecto de Red Verde.

El arbolado urbano, en sí mismo, nos brinda numerosas ventajas que derivan de su función vegetal, pero en un sentido más estricto, los beneficios específicos serán mayores cuando mejor este configurada su estructura y su estratificación, es decir, dependiendo del número de plantas, de si se trata de árboles, arbusto o herbáceas, de la diversidad de especies y su disposición en el espacio, de la edad y el grado de madurez, será el nivel de los beneficios. Estos factores de lo que nos hablan a final de cuentas es de la mezcla específica de la vegetación y de la estructura forestal, “en otras palabras, el aspecto es una función de la estructura de la vegetación forestal. Un paisaje que se plantee fines estéticos puede asumir una determinada estructura, mientras que un paisaje que pretenda ser un ambiente silvestre deberá asumir otra” (V.Bettini, 1998). La forma que adquiere el paisaje es por tanto, no solamente el producto de una percepción estética, sino del conocimiento de las interrelaciones biológicas que darán más riqueza al jardín y por lo mismo al entorno que le contiene.

Sabemos que las plantas en un contexto urbano están amenazadas por el ambiente, que la vegetación esta sometida a duras condiciones de calor, luz reflejada, de contaminación, vandalismo y de confinamiento, pero son un importante elemento para el hombre en los difíciles ambientes de las ciudades en los cuales las plantas ofrecen sombra, provocan zonas de transición y confieren variedad al paisaje.

Resulta paradójico que las zonas verdes de los centros urbanos se caracterizan por dos extremos, ya que, o son sometidas a una planificación y cuidado intensivo que los hace jardines impenetrables y más que nada como decorado de la ciudad, o se abandonan totalmente, convirtiéndose en basureros sin control alguno y en zonas potenciales de inseguridad.

Nuestra propuesta, intentando una correcta definición del verde urbano, tendrá necesariamente que referirse a múltiples funciones de orden estético, urbanístico, higiénico-ambiental, social y recreativo.

Si consideramos en la ciudad de Guadalajara el tamaño y la calidad del verde público, nos damos cuenta de que su tradición histórica y en definitiva su diversidad y complejidad, se han visto alteradas y desvirtuadas en los últimos tiempos. Ahora, aunque con gran dificultad, se abren camino las propuesta que ven a la ciudad desde la perspectiva del bosque urbano, entendido “como unos corredores biológicos y naturalísticos, y como unos parques ecológicos cuyo valor estriba en servir de ejercicio y de educación permanente a la población, en particular a los jóvenes”. (V.Bettini, 1998). Esta propuesta se suma a esa visión, ya que creemos que es así como que debe considerarse cualquier propuesta de renovación de áreas verdes en nuestra ciudad, ya no como un mejoramiento en el decorado, que parece ha sido la preocupación principal que tanto desvirtuó nuestra ciudad, sino como sitios para la educación ambiental, para la recreación, para la contemplación y la convivencia, como verdaderos corredores de vida e indicadores de la “fitogeografía cultural”, es decir, de las interrelaciones entre los componentes vegetales del ambiente y la sociedad que se expresa en una determinada cultura.

NECESIDADES SICOLÓGICAS Y SOCIALES

*“El simple contacto del hombre con la naturaleza
ejerce un poder tranquilo, endulza el dolor y calma las pasiones,
cuando el alma se siente íntimamente agitada”.*

A. Humboldt,

Dice N. Rubió y Tudurí, haciendo suya otras tantas voces, que “la del paraíso perdido y recobrado fue una de las emociones primordiales y constitutivas del hombre” y esta profunda emoción solamente se alcanza en el contacto con la

naturaleza, cuando se está en un jardín o en un parque que nos remite a esa imagen del paraíso tan arraigada en nuestra cultura y que nos vincula a una visión idealizada de nosotros mismos. En este sentido es el verde urbano el que nos puede dar la posibilidad de, en una ciudad, sentirnos cercanos a la creación.

El arquitecto mexicano Luís Barragán en su discurso al recibir el Premio Pritzker hace una decidida celebración al jardín, no solo como espacio físico sino como forma de vida, como manera de transitar por el mundo. Justo sería que la ciudad de Guadalajara, la ciudad de Luís Barragán, para la que tantos jardines y parques soñó, y donde realizó ejemplos tan elocuentes como el Parque Revolución o la urbanización de Jardines del Bosque, retomara esa preocupación por dotar a los habitantes de espacios para su bienestar, ya que como lo decía el mismo Barragán, “El alma de los jardines contiene la mayor suma de serenidad de que puede disponer el hombre”, la serenidad que hoy tanta falta nos hace y por cuya ausencia tenemos una ciudad caótica y confusa, deshumanizada y violenta.

Y volviendo al hermoso discurso que pronunció el arquitecto al recibir el Premio Pritzker nos dice que “la naturaleza, por hermosa que sea, no es jardín si no ha sido domesticada por la mano del hombre, para crearse un mundo personal que le sirva de refugio contra la agresión del mundo exterior” y nos plantea como deben de ser; “los jardines deben ser poéticos, misteriosos, embrujados, serenos y alegres” ya que “Tenemos la sensación de que un jardín contiene al universo entero”. Este debería ser entre otros el marco conceptual de cualquier propuesta de áreas verdes, el hacer que el legado de Don Luís Barragán vuelva a su ciudad, que su noción del hombre en el jardín sea una realidad, o cuando menos, Lo intentemos.

El concepto clásico del verde como un hecho estético, como un fenómeno decorativo, ha sido más tarde ampliado por el descubrimiento de psicólogos y fisiólogos en virtud de los beneficios que las plantas provocan en la mente y en el espíritu, y más recientemente también se ha dado fe de los beneficios sobre el cuerpo de los seres vivos, en virtud sobre todo, por su papel de mitigador o eliminador de la contaminación.

El espacio verde en la ciudad es entonces no solo una necesidad, como ahora se nos vende, para la salud del cuerpo, es fundamental para tener una sociedad saludable en todos los aspectos, la salud ha sido entendida como la promoción de cuerpos saludables, y no como unos sistemas de vida saludables en su totalidad. Los espacios verdes deben ser entendidos no solamente como áreas utilitarias para la recreación y el deporte, sino desde una perspectiva más amplia, desde la complejidad a la que antes hemos hecho referencia. Porque uno de los motivos fundamentales es la idea de que la inseguridad que vive nuestra ciudad en la actualidad no es mas que el fruto de una sociedad que crea excluidos, y que además les recuerda todos los días que lo son. La televisión y los medios en general, promueven un modo de vida elitista y basado en el tener y, en donde un excluido sólo puede entrar por medio de la violencia y el robo, o rechazar ese modelo también por medio de la violencia. Por lo tanto la violencia y la inseguridad no se resuelve con más y mejores policías sino con más y mejores oportunidades, con mayor diversidad de opciones, con la apertura a formas diferentes de bienestar y felicidad, con mensajes alternativos de formas alternativas de vida que no impliquen el reforzamiento del valor del individuo en base a su capacidad adquisitiva. En suma una sociedad donde el consumo no nos consuma. Y desde al área que ahora nos compete creemos que una manera de disminuir la sensación de exclusión será el devolver al ciudadano el espacio público y en este proceso construirse ciudad y ciudadanos.

Devolver al espacio público su valor de escenario colectivo para las múltiples representaciones, de que la gente vuelva a salir al parque, porque es su parque, de que la violencia se vaya cuando recuperemos la ciudad, de que la manera de disminuir la inseguridad es aumentando la vida urbana, son los lugares menos concurridos los más peligrosos y la gente misma actúa como vigilante informal de un espacio socializado.

De todas maneras no es este un asunto menor para no profundizar, ya que la relación entre los paisajes naturalizados de las áreas urbanas y la seguridad es un punto básico de la realidad de la mayoría de las ciudades modernas. M.Hough propone algunas consideraciones que nos parecen básicas para la seguridad de los espacios verdes urbanos:

- La necesidad de una iluminación apropiada para los peatones así como para los motoristas en los espacios públicos.
- Líneas de visión: la posibilidad de ver más allá, evitando las esquinas ciegas, las pantallas del paisaje impermeables, etc.
- Evitar los túneles, puentes peatonales, callejones estrechos que no ofrezcan una opción alternativa a los peatones.
- Evitar los lugares “trampa”, tales como áreas pequeñas, confinadas, como por ejemplo las entradas recónditas.
- La necesidad de lugares que tengan una vigilancia visual, en los que la gente pueda observar a los otros.
- El valor de los comercios de comida y bebida, del tipo fuente de sodas, heladería, cafetería etc., para mantener la vigilancia informal de los espacios públicos.
- Asegurar un sentido de propiedad o territorialidad en los barrios y espacios públicos
- La necesidad de señales e información apropiada, tales como los caminos principales, las señales de salida y las principales rutas peatonales

Algunas de estas consideraciones más tienen que ver con el diseño y la infraestructura propia del jardín, pero existen otras, las más importantes a nuestro entender, que tienen que ver con el proceso mismo del proyecto, con la participación y la implicación ciudadana, con la apropiación de los vecinos, con la manera participada con que sea gestionado todo la propuesta.

De aquí el énfasis reiterativo que hacemos en la participación y en la implementación de una metodología adecuada e incluyente, porque apostamos a que cuando el ciudadano es participe de la configuración de su entorno este le es mucho más propio, lo intenta mantener siempre en buen estado y lo defiende de la inseguridad. También porque la gestión de la ciudad actual ha prescindido del habitante, ha roto la estructura urbana y la social, ha roto la sensación de pertenencia espacial, ha desvinculado al vecino de su entorno confinándolo al espacio de su casa que es lo único suyo que le queda.

Si queremos, en verdad, una ciudad más saludable en lo social es necesario que sea devuelto el sentido original del espacio público, que sea la casa de todos, que vuelva a ser real aquella tan acudida metáfora de “la ciudad como un teatro”, como el sitio para la representación de nuestro papel de ciudadanos, del lugar colectivo del juego, del espacio para la reunión de vecinos. Eduardo Rinesi, en su libro *Ciudades teatros y balcones*, plantea que la ciudad es un conjunto de escenarios unidos por una trama difusa. Y varios

autores desde Freud hasta Foucault han visto a la ciudad como el escenario de las múltiples representaciones que el ser social hace de sí mismo; la ciudad como el teatro abierto donde el individuo se da a los demás y el donde “los otros” se manifiestan igualmente. Pero lo que tenemos hoy día, es que la mala gestión de la ciudad moderna, ha diluido el espacio público para la expresión ciudadana, así no es nada extraño que ahora tengamos ciudades inseguras y ajenas. El mismo Rinesi (1994) nos da la pauta sobre lo que ahora le pasa al hombre en relación con el poder y la ciudad: “Espectacularizandose el Poder nos relega al sitio de la mayor pasividad; nos alinea de nosotros mismos, nos aleja de nuestros iguales, nos prohíbe para siempre el ingreso a una escena que ya no nos pertenece”, sólo el espacio democratizado desde todas sus etapas de configuración puede regresar, al hombre urbano que ahora somos, nuestra condición de ciudadanos.

NECESIDADES EDUCATIVAS

El jardín debe ser un lugar de educación estética
Rosario Assunto

Cuando hablamos de necesidades educativas, hablaremos principalmente de la educación medioambiental por ser el rubro más escasamente tratado dentro de los procesos educativos urbanos, pero creemos que la propuesta de Red Verde debe de ser concebida también como un espacio para la educación en la participación ciudadana y por lo mismo en la democracia. De igual manera, busca ser una propuesta educativa para los valores ciudadanos y de convivencia urbana como la tolerancia, el respeto a la diversidad, a la alteridad y a la diferencia como las formas de hacer una ciudad no sólo habitable en términos de sanidad ambiental, sino solidaria y humana. “La ciudad -la define J. Alguacil Gómez- simboliza y expresa la igualdad pero ello no será posible sin la solidaridad y la sociabilidad; la ciudad sólo será tal si procura la organización física de “la coexistencia”, y si es capaz de significar el desarrollo de la responsabilidad social” (J. Alguacil, 2000). Igualmente y siguiendo la idea expresada en el epígrafe que encabeza este capítulo, creemos que se debe de enfatizar una educación estética; del jardín en sí como arte y de los elementos de la naturaleza y escultóricos que se proponen; una educación de la percepción, de los sentidos y de la agudeza visual. Una educación en y desde la belleza, para educar en la libertad y la democracia como lo explica R. Assunto (1991): “La libertad en la que educa el jardín es el goce

contemplativo del lugar, en el disfrute de su belleza, es la libertad de cada uno como condición y límite de la libertad de todos; y por ello promueve la auténtica democracia. Una democracia de individuos, fundada sobre el imperativo kantiano que pretende que se trate a la humanidad como fin, nunca como medio”

La educación medioambiental debe estar vinculada de manera directa a la vida urbana y de tal forma a la manera en que estamos acostumbrados a vivir la ciudad, al modo en que pensamos y configuramos nuestro imaginario urbano. “La percepción de la ciudad como separada de los procesos naturales que sostienen la vida, ha sido durante mucho tiempo un problema básico en el pensamiento medioambiental” (M.Hough, 1998), ha sido una constante que aleja al ser urbano de la naturaleza que le rodea en su vida cotidiana, haciendo que se conozca más la naturaleza de territorios distantes que la de su propio entorno, la de su barrio, o su ciudad.

La educación medioambiental debe ser por tanto, mucho más que una lección de biología en el salón de clases o la excursión anual al campo, a ver animales y flores. Esto no sirve como sustituto para la experiencia constante y directa, apropiada a lo largo de la vida diaria y a la interacción con los lugares cercanos, donde uno vive. “También puede decirse que la alfabetización de cómo funciona el mundo, es inhibida por cómo hemos sido enseñados a pensar sobre el medioambiente que nos rodea y sobre nuestra relación con él” (M.Hough, 1998), ya que hemos sido enseñados a pensar en la naturaleza y los procesos naturales como algo lejano del ser urbano, que sólo nos sentimos “en contacto con la naturaleza” cuando abandonamos nuestro entorno habitual, y nos refugiamos en ámbitos que consideramos “más naturales”. Uno de los objetivos implícitos en la propuesta de Red Verde será devolver, mediante la educación ambiental, la conciencia de que por más urbano que se sea, se es un ser que forma parte del mundo natural y que en su contexto inmediato se pueden dar formas de vida de una gran diversidad y complejidad que deben ser admiradas y respetadas.

En nuestra ciudad, los pocos y descuidados espacios verdes urbanos se utilizan para fines recreativos y sólo en algunas ocasiones como zonas educativas o de experimentación y disfrute de la naturaleza, pero a pesar de

todo, en Guadalajara hay numerosos sitios donde se puede entrar en contacto con la naturaleza.

Esta necesidad se hace especialmente patente en el caso de los niños, que prefieren jugar en espacios abiertos no construidos. “El contacto frecuente de los niños con la naturaleza fortalecerá significativamente sus lazos emocionales. El desarrollo del conocimiento supone utilizar métodos educativos de la enseñanza del medio ambiente desde una perspectiva nueva. Los experimentos llevados a cabo con jóvenes han demostrado que de esta manera se puede reducir la incidencia de actos vandálicos en las zonas verdes urbanas”. (H. Sukopp y P. Werner, 1989).

Por tanto, la Red Verde refuerza la apuesta de que la educación será sin duda el factor que nos posibilite mejorar nuestra calidad de vida urbana, ya que creemos que se debería dar tanta importancia al estudio de la historia de la ciudad como a su ecología, se debería poner el mismo empeño en la apreciación del patrimonio edificado como del patrimonio natural. Hoy en día resulta casi inaudito que se destruya cualquier obra del patrimonio arquitectónico (exceptuando casos tan lamentables y prepotentes como la destrucción del edificio de la Escuela de Música de la Universidad de Guadalajara), pero poca atención merece la destrucción cotidiana y ensañada del ya de por sí escaso, patrimonio natural.

El proyecto de Red Verde pretende entonces que los jardines a realizarse sean puntos de encuentro cotidiano de los ciudadanos con la naturaleza, pero también que sean lugares ex profeso para una educación más formal, para tal efecto se empleará el diseño de señales y elementos de apoyo didáctico, pero también se buscarán convenios con las escuelas cercanas para que sean usados como “aulas abiertas” y se pretende, a la vez, desarrollar capacitación para los maestros encargados de la materia en esas mismas escuelas y otras que puedan interesarse.

Todo lo referente a la educación ciudadana y al proceso de desarrollo de la responsabilidad social, se aborda de manera más profunda en tercer capítulo de la Parte Primera que hemos dedicado a la *Participación en la Configuración del Hábitat*, por lo tanto, adelantaremos al decir que el proceso educativo se plantea más fuerte y de manera práctica en el desarrollo mismo del proyecto que planteamos de manera participada, pero que de igual manera, en la

cogestión que se realice por parte la ciudadanía cuando ya que se tenga en funcionamiento la Red Verde.